

IRIS

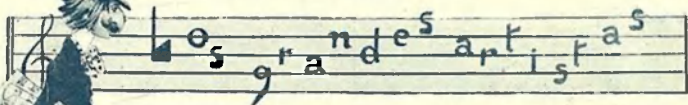


NÚM. 127

BARCELONA, 12 OCTUBRE 1901

25 CENTS

Ayuntamiento de Madrid



El programa de la velada era de lo más completo y sugestivo que puede imaginarse, y tanto el Marqués de Casa-Flemon como su distinguida consorte, se chupaban los dedos ante la consideración halagadora de que sus amigos iban a pasar tres horas gratisimas en aquella mansión del arte.

Por la elegante residencia de Casa-Flemon, habían desfilaro, según relato de la marquesa (exagerado quizá) los artistas de mayor fama, y más de un cándido la oyó decir que en su soberbio piano «de autor francés vertical» habían puesto las manos desde el gran Chopin hasta el pequeño Arriola, y que allí habían recitado poesías Moratín, Hustillo y Carulla y habían cantado la Patti, la

Nevada, Riquelme y el Mochuelo... En fin, poco le faltó para sostener que en sus reuniones había tenido el propio rey David la amabilidad de tocar el arpa.

Ello es que para la velada que estaba en puerta se habían repartido numerosas invitaciones y existía entre los asíduos concurrentes al hotel gran curiosidad por oír a los artistas anunciados, singularmente a Mr. Pedalini, pianista milanés de reputación envidiable.

Tres horas antes de la designada para el concierto recibió el marqués una esquelita de Pedalini concebida en estos términos:

«Al Signor Casa-Flemon. — Mió carissimo amico: Un picolo má insensato calambri in la destra pan-torrilla me impide ir qüesta sera á la sua casa per tocare el piano forte. Yo lo sento con tuto il mio core. ¡Altro giorno saró! Suo fedele amico, Pedalini.»

A punto estuvieron los marqueses de romper a llorar. Pero lo que rompieron fué la carta, mientras maldecían al concertista y á su señora madre y al inoportuno calambre que así venía á trastornar un programa tan selecto.

No había más remedio que sustituir inmediatamente á Pedalini con otro pianista para que el programa no quedase tan cojo como el milanés.

¿Pero de quién iban á echar mano por el momento?

No tardaron en salir en distintas direcciones criados con cartas invitando á los pianistas más renombrados para que tomasen parte en la velada. Pero todas las gestiones fueron inútiles.

Solo faltaba una hora para que el concierto comenzase y no había allí más pianista que una institutriz de Cáceres, cuyo repertorio consistía en el Vals de las Olas y el himno de Garibaldi ejecutados con un dedo y parte de otro.

El conflicto era inminente y no había en el hotel un alma caritativa que lo solucionara. Pero sí la hubo al fin.

Enterada de lo que ocurría la mujer del cochero, recordó haber oído elogiar á un primo suyo como pianista de gran fuerza y notable precisión, y poseída del mejor deseo, hizo á sus amos la indicación



correspondiente, y á los diez minutos salía como un rayo en busca del concertista de ocasión, aun á riesgo de un fracaso más que probable, llevando de paso al interesado un frac del marqués para que se presentase en el hotel decentito y como Dios manda.

II

Son las diez de la noche (ó las veintidos, como ahora decimos para tener el gusto de armarnos inútilmente un lío de relojería.)

La vivienda suntuosa de Casa Flemon rebosa gente distinguida. Generales muy particulares, diplomáticos estradadísimos, pollos engomados,

nifas vaporosas, señoras de muchas campanillas, caballeros de no pocos cencerros, periodistas guasones y coro de ambos sexos ocupan el salón principal, en el cual se halla desde primera hora el pianista repentino, llamando la atención por sus frases inculatas y sus raros ademanes.

Ejecutados otros números del programa y á continuación de un soneto á la Electricidad y de unas seguidillas á San Juan Nepomuceno, recitadas por el poeta mexicano Serafín Campeche, se aproxima el marqués al desconocido genio y le dice afablemente:

—Amigo mío: cuando usted guste puede recogerjernos el timpano con los primores de su ejecución.

—Por mí ahora mismo, —respondió el artista. Mas llega hasta el piano, lo examina y dirigiéndose al dueño de la casa le dice:

—Señor Flemon; yo no toco este instrumento.

—¿Por qué razón?

—Porque le falta lo principal.

—¿El qué?

—¡Toma! ¡El manubrio!

—¡Ave María Purísima!

—Lo dicho. Y si el piano fuese de cola, desde que entré y lo vi le hubiese desengañado á usted.

—Es que aquí no pegaría.

—¿De cola y no pegar!... ¡Qué cosas tiene el señor marqués!...

Lo que sucedió después en el hotel de Casa Flemon pueden ustedes figurárselo. Aún se está comentando tan extraño episodio, y yo no he querido dejar de referírselo á ustedes.

JUAN PEREZ ZUÑO A

IDEAL

Celeste traje de crugiente seda
sus virginales formas envolvía,
y copiaba al andar la gallardía
del blanco cisne que tentara á Leda,

Torrente de oro que entre nieve rueda,
flotante por sus hombros parecía
su rubia crencha; y en su faz había
lo que al poeta por cantar le queda.

Cruzó entre lluvia de fragantes flores,
o, mi fijando sus pupilas bellas
que copiaban del sol los resplandores
y el pálido fulgor de las estrellas.
¡Y desde entonces, ávido de amores,
siguiendo voy sus luminosas huellas!

FRANCISCO VILLARSPESA



UN REO DE MUERTE, cuadro de Munkacsy



MANUEL TOVAR

De los caricaturistas nuevos que valen, Tovar es uno de los más conocidos y estimados. Su biografía sería tiene alguna analogía con la de Verdugo. Nótenlo los lectores. Como el simpático dibujante malagueño, vio la primera luz en la poética Andalucía; como él, niño aun, ya publicaba una revista festiva, que tituló *La lata*; de la cual era único redactor, dibujante y repartidor, porque los escasos productos que esta daba no permitían más lujo de personal; como él, en fin, sin la protección de nadie, se ha abierto camino con sus propios esfuerzos. Recordando la feliz época de su infantil semanario, declame días atrás:

—Creen usted, amigo Sanmartín, que entonces me parecía á Dios.
—¿En qué?

—En que era tres personas distintas, y un solo individuo verdadero.

Aludía á los tres cargos que en *La lata* desempeñaba, los cuales convertían á nuestro dibujante en una trinidad.

La pasión que por las bellas artes sintió desde niño, y que demostraba invirtiendo el poco metálico que tenía en lápices, colores y pinceles fué causa de que descuidase sus estudios de bachillerato, por más que sin saber como, logró obtener el título, que hasta las presentes horas de poco le sirve.

Nacido en Granada, la encantadora ciudad llorada por Boabdil y cantada por Zorrilla, Tovar gozaba con los encantos de la naturaleza, y en vez de asistir á clase, complacíase en recorrer los pintorescos cármenes de la granadina vega, ó soñar, hecho un musulmán, á la sombra de los frescos patios de la arabesca Alhambra, con sultanas y odaliscas. En esas excursiones de artista aprendía escenas enteras de dramas románticos, que representaba después en unión de otros muchachos de su edad, en teatros caseros, y tomaba apuntes de tipos y paisajes para lienzos y tablas, que solía vender á bajo precio á los aficionados á la pintura barata.

El servicio militar llamó al joven artista á las filas del ejército, y como era pobre y tenía la suerte —que para él fué una desgracia— de gozar de buena salud, no pudo eludir tan dura ley. Entonces se había verificado ya en él una transformación. Gustábase el arte serio como antes; pero, á pesar suyo, sentía cierta predilección por el cómic, y dejándose llevar de ella, dibujaba caricaturas, historietas y pasatiempos, que remitía á los semanarios ilustrados y le valían algún dinero. Cuando ingresó en filas, y fué destinado á Barcelona, esta circunstancia contribuyó más á desarrollar su afición, por ser la ciudad condal terreno abonado para ello.

El sin número de periódicos ilustrados que en ella se publica, fué para Tovar un estímulo á la vez que un peligro, porque estando sujeto á la rígida ordenanza militar, se exponía á tener un serio contratiempo si algún dibujo era denunciado. Afortunadamente para el artista granadino, la



política no era señora de su devoción, y los tipos que satirizaba en sus historietas, en vez de enojo, causaban la hilaridad de todo el mundo, y sobre todo, de sus inmediatos jefes, los cuales le distinguían por su facilidad y gracia en el manejo del lápiz. Muchos, como el bizarro general de brigada señor X., tenían gusto de ser caricaturizados por él. Este señor, en cuya secretaría sirvió Tovar en clase de escribiente, le profesó verdadera estimación, y sus monos le producían tanta risa, que le rogó le hiciera diferentes caricaturas.



—La primera vez que mi lápiz pecador,—me decía Tovar,—copió exagerándolo el retrato de mi general, fué á causa de un disgusto que tuve con él y que casi me hizo llorar. Para desenojarle, me atreví á hacer su caricatura. Resultó una verdadera monstruosidad; porque mi pensamiento vagaba entre la nariz descomunal del primer teniente y las piernas zambas del segundo. Concluido mi trabajo, se lo entregué temeroso, porque ignoraba como tomaría mi atrevimiento. Al recibirlo, me miró con ceño, sin duda porque todavía le duraba el enfado, y después de examinarlo detenidamente, no sin fruncir el entrecejo varias veces, me dijo riéndose:

—¡Demonio de muchach! Preciso es

reconocer que no careces de ingenio.

Y á región seguido me encargó que le hiciera tres caricaturas más.

Los ayudantes de tan distinguido militar, no quisieron ser menos que su jefe, y también desearon ser retratados en actitud cómica.

Tovar los complació gustoso; pero al trazar la de uno de ellos, que era feo como un perro dogo, acentuó la nota tanto, que al ver sus niños el dibujo, no pudieron menos de exclamar:

—No es el retrato de papá.

—¿Pues de quién es?—les preguntó este.

Y contestaron los chiquillos acordes:

—¡Del Cocol!

Desde entonces fué conocido por dicho apodo el protagonista de tal suceso.

Otra anécdota digna de mención, es la que le ocurrió recién ingresado en el ejército. Acostumbrado á la libertad bohemia que siempre ha-

bía gozado, y á las juergas ruidosas con sus compañeros de profesión, Tovar se avino mal con la disciplina militar y el insípido rancho. En poco tiempo perdió algunas carnes, sintiéndose mal del estómago, y fué á dar con sus huesos en el hospital militar. En este establecimiento comía poco, por orden facultativa, y se aburría soberanamente. Para distraerse, entreteníase en hacer retratos y caricaturas de cuantos se le antojaba. Notó el sargento sanitario la habilidad artística de Tovar, y quiso que éste le pintara al óleo el retrato de una preciosa muchacha con la cual estaba en relaciones. Accedió nuestro artista gustoso, y para recompensarle su trabajo el sanitario le dió de comer opíparamente, haciendo que le sirvieran los platos más predilectos de la mesa de los directores que son los que se comen las mejores tajadas. Merced á estos cuidados, restablecióse Tovar pronto, porque realmente no tenía otra dolencia, que mucha hambre atrasada á causa de los desastrosos efectos del rancho. Con disgusto de su protector, que llegó á tenerle verdadera voluntad, fué dado de alta, y tuvo que dejar el hospital por el cuartel. ¡Pero oh decepción! Al salir Tovar de aquel,



perdió el pobre sanitario algo más que un amigo; perdió también la novia, con la cual no volvió a hablar, porque el pícaro del artista se la había birlado.

Recordando algunos años después esta jugarreta, le dijo un día el sanitario en tono humorístico:

—Amiguito, suerte tuvo de no volver al hospital; porque si vuelve, la caridad no le salva; le condeno a dieta perpetua.

Cuando cumplido el tiempo del servicio tomó la licencia, el general N. N. que le trataba cariñosamente, quiso retenerle a su lado, prometiéndole su protección, para que se abriera paso en la carrera de las armas; pero Tovar, agradeciendo mucho sus buenos deseos, prefirió la libertad, para dedicarse con toda independencia a su vocación artística.

Hoy es uno de los dibujantes festivos cuya firma aparece en todos los semanarios, aparte de que sigue cultivando también el arte serio, que le ayuda no poco en la ruda tarea de conquistar el panecillo. Ha obtenido varios premios y menciones honoríficas, y en la Exposición del Círculo de Bellas Artes, verificada el año 1900, una medalla por una caricatura al óleo, que fue adquirida a buen precio por el cónsul inglés en Madrid. Por cierto que Tovar, como buen andaluz, celebró el triunfo corriendo una *juerga* con varios amigos, en la que bebieron a la salud del representante de Inglaterra, algunas botellas de manzanilla. A pesar de la aversión que todos ellos sienten por los *ingleses*, estuvieron acordes en rendirle tributo de estómagos agradecidos.

Por lo que decían vertiendo el vino:

—¡Hurra por el milord! Es el único inglés que nos resulta simpático.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



LO QUE PASA

El miércoles, día 3 de octubre, hizo su solemne entrada en Barcelona el nuevo obispo de esta diócesis Excmo. Sr. Cardenal Dr. D. Salvador Casañas, siendo recibido por las autoridades y numerosísimo público que le aclamó con verdadero entusiasmo y entre el cual predominaba el elemento joven.

La vida del Cardenal Casañas es un elocuente ejemplo de que la virtud y el talento logran abrirse paso cuando van unidos a un carácter enérgico y a una voluntad firme. Habiendo perdido a sus padres en su más tierna edad, fué acogido en la casa de Infantes Huérfanos y siguió luego brillantísimamente su carrera en el Seminario Conciliar del cual llegó con el tiempo a ser Vice-Rector.

Ecónomo y párroco de la iglesia del Pino demostró en estos cargos, como en el anteriormente dicho, espe-



LA CARROZA SALIENDO DE LA ESTACION



EL CARDENAL OCUPANDO LA CARROZA DEL MARQUÉS DE CASTELLVELL

cialísimas dotes de administrador que, por decirlo así, le indicaban ya para más elevados puestos. Muy admirado por cuantos estaban en situación de apreciar sus grandes condiciones de profesor y orador adquirió rápida celebridad en Barcelona y toda Cataluña en una polémica periodística sostenida con el Sr. Mañé y Flaquer a propósito de la cuestión del matrimonio canónico, de la cual salió de-

rotado y maltrecho el ilustre publicista; verdad es que el director del *Diario de Barcelona* no había abandonado aun los principios del *catolicismo liberal*, representado por Montalembert y Broglie, y por lo tanto partía de una base falsa, mientras su contricante se apoyaba en el *Syllabus*, sin distinciones ni atenuaciones.

Ya en la sede de la Seo de Urgel demostró nuevamente el actual obispo de Barcelona la energía de su carácter, la habilidad de sus procedimientos y la mucha ciencia que atesoraba no sólo en el gobierno de su diócesis, sino como co-príncipe de los Valles de Andorra, logrando salvar siempre sus derechos é imponer sus resoluciones frente al gobierno francés, co soberano de la expresada República.

Su advenimiento á la dignidad de Príncipe de la Iglesia constituyó un caso excepcional, por ser el primer caso en España, á lo menos en nuestros tiempos, de ser elevado á la púrpura un obispo, y resultar por lo tanto sufragáneo del Arzobispo Me-



ESPERANDO Á LA LLEGADA

tropolitano. El Excmo. Cardenal Casañas, aparte de sus dotes de orador sagrado y polemista, demostró en el Senado ser un distinguido sociólogo, según pudo verse por el sustancioso discurso que pronunció sobre la cuestión obrera y en el cual inspirado en la más pura doctrina evangélica tuvo frases de gran severidad para los privilegiados por la fortuna que no cumplen con la ley moral.

Las inundaciones del Llobregat han llevado la devastación á los pueblos del llano, que en un momento se han visto arrebatado el fruto de sus afanes y reducidos á la más espantosa miseria. No puede ser más triste el espectáculo que ofrece aquella huerta, tan alegre y espléndida hace pocos días, y convertida hoy en imagen de la desolación, arrancadas las plantaciones, arrasado todo;



LA COMITIVA EN MARCHA



LLEGADA DEL CARDENAL CASAÑAS Á LA CATEDRAL

aquellas pobres gentes van á pasar un invierno horrible si la caridad no acude prontamente en su socorro, aunque lo principal ha de consistir en proceder á las obras de defensa.

Se ha inaugurado en las Universidades é Institutos el curso académico de 1901 á 1902, y como prescriben los reglamentos se han pronunciado sendos discursos, que por punto general, no dan muy favorable idea de que vayamos entrando en el concierto europeo por lo que mira á originalidad de pensamiento ó á nuevas conquistas en los distintos ramos del saber.

No puede ser de otra manera dada la organización de nuestra enseñanza; los Laureano Calde-

rón, los Ramón y Cajal y alguno que otro más son verdaderos casos excepcionales. Lo natural es que esta sea la tierra de los que sólo saben lo que han aprendido de memoria en los libros de sus antecesores.

EL ARTE CONTEMPORÁNEO



CONVALECIENTE, cuadro de Walter Fille



LOS TRES AMORES

I

Hay flores sin perfume, estrellas sin luz, pájaros sin canto. Pero no se comprende que haya mujeres sin amores. Late el corazón del hombre, movido

por el ansia de innumerables bagatelas, que él decora con los pomposos nombres de gloria, poder, fortuna. Ha inventado además para su recreo, que viene á ser á veces su tormento, infinitos vicios, dorados al fuego de las pasiones. Más la mujer reduce toda su vida á sus afectos. Con ellos goza y por ellos se sacrifica.

Voy á contaros la historia de Narcisca, una amiga mía preciosa. Morena, esbelta, garbosísima; espiritual, graciosa, vehemente; rica, caprichosa, adorada. Hé ahí su retrato.

La conocí joven, cuando todavía en su alma no se había grabado la imagen del amante.

Pero, no por esto, estaba sin llama alguna su pecho.

Entonces su mayor ilusión era una gata blanca, en verdad monísima.

No se separaba de ella, en casa, un momento. Siempre la tenía en las faldas ó en los hombros.

Vivia Narcisca con sus padres; y yo visitaba á la familia.

Una tarde, encontré sola á Narcisca, sentada indolentemente en la mecedora, reclinado el desnudo brazo izquierdo sobre un cojín de terciopelo negro bordado con flores de seda de colores. En el hombro derecho sostenía á la gata, que se frotaba, causándome inmensa envidia, con el lindísimo rostro de Narcisca.

—Vamos, amiga mía,—la dije.—¿Es justo que consagre usted tanto cariño á un animal?

—¿A quién mejor?—replicó sonriendo.—Mi gatita no me da disgusto alguno. Es obediente, juguetona, leal. Las dos conservamos excelentes relaciones. Yo la cuido y ella me divierte... Es más, yo no comprendo que pueda querer á nadie, fuera de mis padres, más que á ella.

—¿Y un hombre?...—me atreví á decir.

—No vale lo que mi gata, ni me querría tanto.

—Yo, sin embargo, aun valiendo menos, la quiero á usted más...—balbucí no sin cierto temor á unas calabazas.

Soltó Narcisa la carcajada, y, mirándome á la cabeza, dijo:

—A mí no me gusta el pelo blanco sino en las gatas.

—Es cierto,—repuse cortado.—Yo ya tengo algunas canas en la frente. Pero hay hombres que no las tienen, y esos...

—¡Ninguno!—replicó ella vivamente.

—¡El tiempo dirá!—exclamé sentenciosamente.

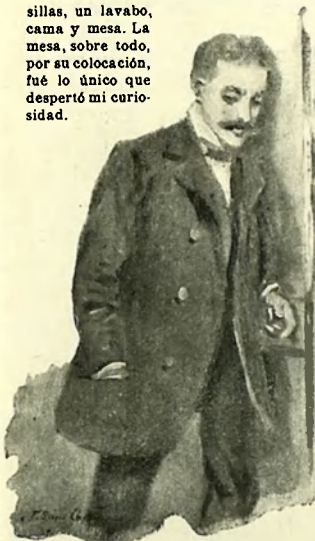
Y me despedí con tristeza de aquella joven que, poseyendo un corazón tan amante, juraba y perjura que no amaría en su vida más que á su gata.

II

Transcurrieron dos años. En una de mis excursiones fui á parar á Aranjuez. Llegué de noche, y conmigo otros viajeros, en los que no puse atención.

En la fonda me destinaron un cuarto amplio con balcón frente á los hermosos jardines.

Su decorado consistía en el decorado acostumbrado: varias sillas, un lavabo, cama y mesa. La mesa, sobre todo, por su colocación, fué lo único que despertó mi curiosidad.



Estaba adosada á una puerta.

—¿Y esa puerta?...—pregunté al camarero.

—No se abre. Da á otro cuarto de viajeros.

—¿Está ocupado el cuarto?—pregunté.—¿Habrá ruido? Porque pienso, aquí, en esta estación primaveral, oyendo cantar los ruiseñores, escribir un poema.

—Escribirá usted lo que quiera,—contestó el mozo.—Hasta ahora no se ha ocupado. Puede, sin embargo, que ahora con los viajeros que han entrado... De todos modos... La gente que viene á esta fonda es muy pacífica.

Quedé solo, y preparé pluma, tinta y papel. Deseaba anotar algunas impresiones del camino.

De pronto oí abrirse la puerta del cuarto vecino.

Puse oído. Entraban dos personas, hombre y mujer.

Él dijo después de cerrar la puerta:

—¡Gracias á Dios! ¡Ya estamos solos!

Me aterró. Había oído la frase consagrada por los recién casados... Se me erizó el cabello... ¡Cualquiera escribía poemas con aquellos huéspedes al lado!

Pensé toser para que advirtieran mi proximidad. Pero la voz de la mujer me dejó de nuevo estupefacto.

Yo conocía aquella voz. Aquella voz, tan vibrante, tan cálida, tan insinuativa, era la de Narcisa.

Su marido llamaba con este nombre uniéndolo á los epítetos más fervorosos.

Y ella decía:

—Hasta ahora he sido una tonta. Yo creía imposible que amara sino á mi gata. Pero, ahora veo que se ama más á un marido.

Y sonó un beso.

Yo, arrojé la pluma, agarré el sombrero, y me fui por segunda vez á tomar el fresco.

III

Al volver de mis viajes á mi casa de Madrid encontre entre el correo recibido el parte de casamiento de Narcisca.

—Tendré que ir á verla en su nuevo estado,—pensé.

Pero, francamente, siempre rehusaba encontrarme con ella. La había amado mucho; y aunque ya en los rescoldos de mis insiones no ardía ninguna chispa para ella; aunque yo era quien tenía que reprocharla su cambio de afecto, muy natural, por supuesto, con todo evitaba su presencia. Era un bien perdido, sin esperanzas de recuperarlo. En fin, sufriría mirarla, siendo esposa de otro hombre.

Más, un día, nos hallamos en la calle.

Nos saludamos; ella, como siempre, risueña y comunicativa; yo, serio y apocado como un colegial. Tartamudeé algunas palabras de felicitación. Ella me miraba con cara burlona. Entonces, para terminar, cobré bríos, y la espeté esta sola frase:

—¿Y la gata?

—¡Ah!—dijo ella en tono apasionado.—La quería mucho, sí... Pero ¡á mi esposo!... ¡Oh! No hay amor como el que se tiene á un esposo.

—¿Hay todavía otros amores más grandes,—repliqué.

—¿Cuáles?—preguntó alarmada.

—Ya me lo dirá usted dentro de unos meses.

Ella me comprendió y se puso sonrosada.

Al separarnos amistosamente, dijo:

—¿Irá usted al bautizo?

—¡Iré!—repuse conmovido.

Y cumplí mi palabra. Y he ido varias veces después. Y suelo contemplar, profundamente conmovido, á Narcisca, al lado de la cuna de

su hermosísimo hijo. Una vez, no pudiendo contenerme, iba á lanzarla mi acostumbrado reproche; pero ella me adivinó y me cortó la palabra.

—Sé lo que va usted á decirme... ¡Mi hijo! ¡Mi hijo, sobre todas las cosas!... No hay amor como el amor de una madre á un hijo.

Yo guardé un rato silencio y quedé mirándola atentamente. Ella, á su vez clavó sus ojos en mí, y en voz enternecida, me preguntó:

—¿Queda otro amor todavía?

—Sí,—repliqué.—Para las mujeres como usted, y como usted son todas las mujeres, el corazón no cesa de amar nunca. Primero, los juguetes, luego el marido, después los hijos. Finalmente, cuando ya sea usted vieja, y ese hijo, y los otros que vengan, la abandonen, pues la abandonarán como usted ha abandonado á sus padres para formar otra nueva familia; cuando ya este mundo no la ofrezca á usted ningunos amores, entonces su alma se volverá hacia arriba, y buscará un más alto ser en quien emplear los santos ardores que en usted como en toda mujer, brillan inextinguibles, como lámpara jamás apagada.

—Está usted hablando como un predicador. Lo que dice usted es el Evangelio. Es verdad. ¡No dejaré de amar nunca!

JOSÉ DE SILES

CANTARES

Era un niño todavía
y me diste un desengaño:
te comparé con las nubes
que empañan un cielo raso.

Le ruego que me conceda
á la Virgen del Consuelo
un besito de tus labios
y un rizo de tus cabellos.

No me echas nunca la culpa
de si algún día te olvido
pues mi madrecita dice
que la robas mi cariño.

Con tus miradas has hecho
que te quiera con delirio.
Luego, de mí te has burlado:
¡Dios te dará su castigo!

Manda hacer una corona
de penas y sufrimiento
y colócala en mi tumba
con este nombre: Recuerdo.

De tanto como he sufrido
tengo, ya, blanco el cabello
tú, de tanto haber gozado,
el corazón tienes negro.

ANTONIO MARTÍN GIANERO



Consideración

¿No nos miráis en vano la inteligencia
y luego nos recordáis si la usamos bien,
la que da el vigor de la esperanza
de almas encerradas en cadenas;

la que al no responder a una ~~exigencia~~
fuera del deber y de la caridad,
llamando a la razón y a la conciencia
al hombre a quien el progreso persigue;

¿No nos lloráis el mundo "pasable"
y en su ofuscación, como si no fuera posible
aprovecharse de una vida digna,

una de las grandes fortalezas,
una de las más nobles y valiosas
que, en esta vida, nos ofrece el mundo,
la que nos da la vida digna.

Madrid, 1881.

B. J. J. J.

LA LAVANDERA

Eran muy pobres. La *señal* Francisca tenía que trabajar para poder sustentarse ella y dar de comer á su hijo. ¡Cuántas veces pensando en la suerte que esperaba á aquel pedazo de su corazón había derramado lágrimas de amargura, había llorado como solo lloran las madres al ver que sus esfuerzos son impotentes para hacer la felicidad de sus hijos!...

La *señal* Francisca era lavandera. Cuando murió su marido no tuvo otro remedio que *agarrarse* á aquel oficio para que no faltase el pan á su hijo, un angel precioso de cinco años que iluminaba con el sol de su alegría las tinieblas de aquel hogar miserable!...

Un día, al regresar la pobre mujer del trabajo rendida de cansancio, encontró al niño con las mejillas encendidas y los ojos brillantes por la fiebre. Le acostó y estuvo velándole llena de cariño, esperando el más pequeño de sus movimientos y escuchando con ansiedad el rumor acelerado de su aliento...

La enfermedad fué prolongándose, haciendo temer un desenlace funesto. Con los ahorros que la pobre mujer tenía, fué «sosteniendo» por algunos días los gastos de la enfer-

medad; pero llegó un momento en que los recursos se agotaron, y ella veía progresar el mal sin poder combatirlo porque su exiguo jornal no bastaba para pagar las medicinas.



Aquel día estaba el enfermo un poco mejor al parecer, y la *señal* Francisca se decidió á salir de casa. Del jornal que recogiera aquel día, al entregar la ropa, dependía quizá la salvación de su hijo.

Llevó las piezas de ropa lavada á diferentes casas, y oprimía ansiosa el dinero que le había proporcionado su trabajo cuando en una de ellas le hicieron notar la falta de varias prendas. Ella se disculpó... el río venía muy crecido y en un momento de descuido se llevó la corriente la ropa que faltaba...

Pero no quisieron escuchar sus razones, y con la altivez que los criados de las casas ricas emplean al hablar con los pobres, le dijeron:

—No vuelvas á poner los pies en esta casa mientras no traigas las prendas que faltan; aquí no queremos ladronas.

Al oír aquel ultraje, la sangre se le agolpó á las mejillas, quiso hablar y no pudo, y solamente acortó á arrojar al rostro de quien le insultaba el dinero que aquel día recogió y que ella destinaba á comprar medicinas para su pobre niño...

Salló de allí tambaleándose, resonaba aún en sus oídos la palabra «ladrona!» y, con el alma entristecida llegó á su casa...

Allí estaba el pobre niño, buscándola con sus ojitos tristes y pidiendo con la mirada algo que aliviase su amargo sufrimiento... Ella se acercó al lecho miserable y le dijo imprimiéndole un beso en la frente:

—Toma, hijo mío, es lo único que puedo darte...

SANTIAGO A. NARRO

Ta
eleg
150 á
bieri
cont
nove
con
integ
Va
signi
La
Dr
La
Prós
La
Caric
Pe
ceval
Te
El
La
son.
El
Na
El
Un
Noc
Un
por L
Ea
rrano

Estu
tomas
págin
mo, y
insign
dermo:
la últi
la eco
ducida
paleri
el orig
Has!
siguie:
El a
Carlos
Mag
colliot
El t
vensor
El c
L. Jac
Orso
El L
Para
nistrac
za de

No e
la util
destini

—

PEPITORIA

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromo y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con inmejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La comediante, por P. de Molenes.

Drama de amor, por F. Soulié.

Las ánimas del purgatorio, por l'rospero Merimee.

La Justicia de sí misma, por Carlos Barbará.

Pecados de la juventud, por V. Perceval.

Teresita, por Julio Ruiz Montero.

El Capitán Hurl, por E. Zola.

Las sendas de Dios, por B. Biornson.

El monstruo, por Carlos Bodin.

Naida Micoulin, por E. Zola.

El sillón fatal, por Pedro Neskwi.

Un crimen infame, por E. Murger.

Noche trágica, por E. Daudet.

Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacoliot.

En Madrid Librería Agrícola, Serano, 14.

BIBLIOTECA AZUL

Esta Biblioteca se publica por tomos en octavo menor de 200 á 300 páginas, con ricas cubiertas al cromo, y contiene las obras de los más insignes novelistas antiguos y modernos, pudiendo asegurarse que es la última palabra de la perfección y la economía. Todas las obras, traducidas con la mayor fidelidad y pulcritud aparecen íntegras, como el original.

Hasta ahora van publicados los siguientes tomos:

El asesinato del Puente Rojo, por Carlos Barbará.

Magdalena la Mendiga, por L. Jacoliot.

El tesoro del pirata, por L. Stevenson.

El crimen del molino de Usor, por L. Jacoliot.

Orso, por Enrique Syenkevitz.

El Hijo Maldito, por H. de Balzac.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

LOS AMARGOS

No están conformes los autores en la utilidad de estos medicamentos, destinados á despertar el apetito;

sin embargo, parece que si hubiese que elegir habría que dar la preferencia á los más antiguos, ó sea la genciana, la quassia-amara y el colombo, en forma de vino, no conviniendo darlos en forma pilular por que muchas veces las píldoras atraviesan todo el tubo digestivo sin disolverse, y además la sensación amarga, que es la principal razón aperitiva de los amargos, no puede existir con las píldoras.

Citemos entre otros amargos la centaurea menor, el ageno, la manzanilla, la angostura, la cascarrilla, la quina, la corteza de sauce, el acibar, las coliquintidas, el ruibarbo, la nuez vómica, la angostura falsa, la picrorrina, el oondurango, etcétera.

ACRÓSTICO AMERICANO



Sustituir las estrellas grandes y pequeñas por letras para que se lean horizontalmente nueve importantes ciudades de una gran República democrática federal de América y en la línea vertical ó acróstico el apellido de un presidente de esta República.

NOVEJARQUE

Interesante como de costumbre

JEROGLÍFICO, por Novejarque



es el último número de NUEVO SIGLO, cuya economía compite con su extremada amonidad.

Hay el rey de los tenores, del piano, del violín, y hay el de las callicidas esto es, el LADIVONSIM.

La solución en el próximo número.

SOLUCION

al pasatiempo del numero anterior

Combinaciones.—

MANILA
MALINA
ANIMAL
LAMINA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. de H.—Valencia.—El romanticismo ese gustará, lo cual quiere decir, naturalmente, que se publicará.

Lo ruego que me diga las señas de su casa, y si puede ser, el mes en que se publicó la competición, para avisarle el número. Por lo demás, yo he escrito versos libres, y aun todavía mas, versos en tercetos, y me entusiasman, cuando son buenos, pero á la inmensa mayoría no le suenan, al parecer.

Amigo y palcano querido, ese *Idilio* fuese me resultó algo fuercecillo Creo que en otros semanarios lo publicarían con mucho gusto. Entre paréntesis, es lo mejor que me he enviado usted.

R. C.—Santiago de Chile.—Tiene usted razón de sobras en su reclamación, pero conste que la omisión fue de todo punto inocente. En lo sucesivo aparecerá su nacionalidad honrosísima, y ya sabe usted por experiencia lo mucho que nos gustan sus versos.

V. de A.—Zaragoza.—¡Bueno, bravo! Pero, amigo, ¿cuando empezará usted a ser célebre?

A. G.—Barcelona.—¡Vaya retro!!! ¡Y aun quería usted un dibujo! ¡Un dibujo! ¿usted cree que estamos en Turquía? ¿usted oírías que estamos en España, en plaza real? El otro artículo, si es muy publicable,

